

La nueva evangelización

Cardenal Joseph Ratzinger

La vida humana no se realiza por sí misma. Nuestra vida es una cuestión abierta, un proyecto incompleto que ha de ser completado y realizado. La pregunta fundamental de todo hombre es: ¿cómo se realiza este llegar a ser hombre? ¿Cómo se aprende el arte de vivir? ¿Cuál es el camino a la felicidad?

Evangelizar quiere decir mostrar este camino, enseñar el arte de vivir. Jesús dice al inicio de su vida pública: «He venido para evangelizar a los pobres» (*Lc* 4, 18); esto quiere decir: yo tengo la respuesta a vuestra pregunta fundamental, yo os muestro el camino de la vida, el camino de la felicidad; más aún, yo soy este camino.

La pobreza más honda es la incapacidad de alegría, el tedio de la vida considerada absurda y contradictoria. Esta pobreza está hoy muy difusa en formas muy diversas, sea en las sociedades materialmente ricas, sea también en los países pobres. La incapacidad de alegría supone y produce incapacidad de amar, produce envidia, avaricia, todos los vicios que destruyen la vida de los individuos y del mundo. Por esto tenemos necesidad de una nueva evangelización; si el arte de vivir se desconoce, todo el resto no funciona. Este arte, sin embargo, no es objeto de ciencia, este arte lo puede comunicar solo quien *tiene* la vida, Aquél que es el Evangelio en persona.

I. Estructura y método de la nueva evangelización

1. La estructura

Antes de hablar de los contenidos fundamentales de la nueva evangelización, querría decir una palabra sobre su estructura y sobre el método adecuado. La Iglesia evangeliza siempre, jamás ha interrumpido el camino de la evangelización. Celebra día a día el misterio eucarístico, administra los sacramentos, anuncia la palabra de vida, la palabra de Dios, se empeña por la justicia y la caridad. Y esta evangelización lleva fruto: da luz y alegría, da el camino de la

vida a tantas personas; muchos otros viven, frecuentemente sin saberlo, de la luz y del calor que irradia esta evangelización permanente. Sin embargo, observamos un proceso progresivo de descristianización y de pérdida de valores humanos esenciales que es preocupante. Gran parte de la humanidad de hoy no encuentra en la evangelización permanente de la Iglesia el Evangelio, es decir, la respuesta convincente a la pregunta: ¿Cómo vivir?

Por eso buscamos, además de la evangelización permanente, jamás interrumpida y que jamás se ha de interrumpir, una nueva evangelización, capaz de hacerse sentir por aquel mundo que no encuentra acceso a la evangelización «clásica». *Todos* tienen necesidad del Evangelio; el Evangelio está destinado a todos y no sólo a un círculo determinado; por lo mismo, estamos obligados a buscar nuevas vías para llevar el Evangelio a todos.

Sin embargo, aquí se esconde también una tentación, la tentación de la impaciencia, de buscar rápido el éxito clamoroso, los grandes números. Y éste no es el método de Dios. Para el Reino de Dios y también para la evangelización, instrumento y vehículo del Reino de Dios, vale siempre la parábola del grano de mostaza (*Mc* 4, 31-32). El Reino de Dios recomienza siempre una y otra vez bajo este signo. Nueva evangelización no puede querer decir: atraer rápido con nuevos métodos más refinados las grandes masas alejadas de la Iglesia. No, no es esta la promesa de la nueva evangelización. Nueva evangelización quiere decir no contentarse con el hecho de que del grano de mostaza proceda el gran árbol de la Iglesia universal ni hemos de pensar que sea suficiente el que en sus ramas encuentren cobijo los más diversos pájaros, sino que hemos de osar de nuevo, con la humildad del pequeño grano, dejando a Dios cómo y cuándo ha de crecer (*Mc* 4, 16-19).

Las grandes cosas comienzan siempre con el pequeño grano y los movimientos de masa son siempre efímeros. En su visión del proceso de la evolución Teilhard de Chardin habla del «blanco de los orígenes» (*le blanc des origines*), el inicio de las nuevas especies es invisible e inalcanzable para la investigación científica. Con otras palabras, las grandes realidades comienzan en la humildad. Dejemos por el momento si Teilhard tiene o no razón con sus teorías evolucionistas; la ley de los orígenes invisibles dice una verdad, una verdad presente justamente en el obrar de Dios en la historia: «No porque seas grande te he elegido; por el contrario, eres el más

pequeño de los pueblos; te he elegido porque te amo», dice Dios al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, expresando así la paradoja fundamental de la historia de la salvación. Ciertamente, Dios no cuenta con los grandes números; el poder exterior no es signo de su presencia. Gran parte de las parábolas de Jesús indican esta estructura del obrar divino y responden así a las preocupaciones de los discípulos, que esperaban éxitos muy distintos y signos del Mesías, éxitos del tipo ofrecido por Satanás al Señor: «Todo esto, todos los reinos del mundo, te daré...» (Mt 4, 9).

Ciertamente, Pablo, al final de su vida tuvo la impresión de haber llevado el Evangelio a los confines de la tierra, pero los cristianos eran pequeñas comunidades dispersas en el mundo, insignificantes según criterios seculares. En realidad fueron el germen que penetra la masa desde dentro y llevaban en sí el futuro del mundo (Mt 13,33). Un proverbio antiguo dice: «“Éxito” no es un nombre de Dios». La nueva evangelización debe someterse al misterio del grano de mostaza y no pretender producir rápido el árbol grande. Nosotros o vivimos demasiado en la seguridad del árbol grande ya existente o en la impaciencia de tener un árbol más grande, más vital; debemos, en cambio, aceptar el misterio: la Iglesia es al mismo tiempo gran árbol y grano pequeñísimo. En la historia de la salvación es siempre contemporáneamente Viernes Santo y Domingo de Pascua.

2. El método

De la estructura de la nueva evangelización deriva también el método justo. Ciertamente hemos de usar de modo razonable los métodos modernos de hacernos oír, o mejor, de hacer accesible y comprensible la voz del Señor... No buscamos audiencia para *nosotros*, no queremos aumentar el poder y la extensión de *nuestras* instituciones, sino que queremos servir al bien de las personas y de la humanidad, dando espacio a Aquel que es la Vida. Esta expropiación del propio yo ofreciéndolo a Cristo por la salvación de los hombres es la condición fundamental del verdadero compromiso por el Evangelio. «Yo he venido en el nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viene en su propio nombre, a ese lo recibiréis», dice el Señor (Jn 5, 43).

La contraseña del Anticristo es su hablar en nombre propio. El signo del Hijo es su comunión con el Padre. El Hijo nos introduce en la comunión trinitaria, en el círculo del amor eterno, cuyas personas son «relaciones puras», el acto puro de donarse y de acogerse. El designio trinitario —visible en el Hijo, que no habla en su nombre—, muestra la forma de vida del verdadero evangelizador; más aún, evangelizar no es simplemente una forma de hablar, sino una forma de vivir: vivir a la escucha y hacerse voz del Padre. «No hablará de sí, sino que dirá todo lo que ha oído», dice el Señor sobre el Espíritu Santo (*Jn 16, 13*). Esta forma cristológica y pneumatológica de la evangelización es, al mismo tiempo, una forma eclesiológica: el Señor y el Espíritu construyen la Iglesia, se comunican en la Iglesia. El anuncio de Cristo, el anuncio del Reino de Dios supone la escucha de su voz en la voz de la Iglesia. «No hablar en nombre propio» significa hablar en la misión de la Iglesia.

De esta ley de expropiación siguen consecuencias muy prácticas. Hay que estudiar todos los métodos razonables y moralmente aceptables —es un deber hacer uso de estas posibilidades de comunicación—. Pero las palabras y todo el arte de la comunicación no pueden ganar la persona humana en esa profundidad a la que debe llegar el Evangelio. Hace poco leía yo la biografía de un óptimo sacerdote de nuestro siglo, Don Dídimo, párroco de Bassano del Grappa. En sus notas se encuentran palabras de oro, fruto de una vida de oración y de meditación. Dice a nuestro propósito Don Dídimo, por ejemplo: «Jesús predicaba durante el día, de noche oraba». Con esta breve anotación quería decir: Jesús debía adquirir de Dios los discípulos. Lo mismo vale siempre. No podemos ganar *nosotros* a los hombres. Debemos obtenerlos de Dios para Dios. Todos los métodos son vacíos sin el fundamento de la oración. La palabra del anuncio debe empaparse (*sic*) siempre en una intensa vida de oración.

Debemos dar un paso más. Jesús predicaba de día, de noche oraba, esto no es todo. Su vida entera fue, como lo muestra hermosamente el evangelio de san Lucas, un camino hacia la cruz, ascensión hacia Jerusalén. Jesús no ha redimido al mundo con bellas palabras, sino con su sufrimiento y su muerte. Su pasión es fuente inagotable de vida para el mundo; la pasión da fuerza a su palabra.

El Señor mismo, extendiendo y ampliando la parábola del grano de mostaza, ha formulado esta ley de fecundidad en la parábola del

grano de trigo que muere, caído en tierra (*Jn* 12.24). También esta ley es válida hasta el fin del mundo y es, juntamente con el misterio del grano de mostaza, fundamental para la nueva evangelización. Toda la historia lo demuestra. Sería fácil demostrarlo en la historia del cristianismo. Querría recordar aquí sólo el inicio de la evangelización en la vida de san Pablo. El éxito de su misión no fue fruto de un gran arte retórico o de prudencia pastoral; la fecundidad estuvo ligada al sufrimiento y a la comunión en la pasión con Cristo (*1 Cor* 2, 1-5; *2 Cor* 5, 7; 11, 30; *Gal* 4, 12-14). «No será dada otra señal sino la señal del profeta Jonás», ha dicho el Señor. La señal de Jonás es Cristo crucificado, son los testigos que completan «lo que falta a los padecimientos de Cristo» (*Col* 1, 24). En todos los períodos de la historia se ha verificado siempre la palabra de Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos».

San Agustín dice lo mismo de modo muy bello, interpretando *Jn* 21, donde la profecía del martirio de Pedro y el mandato de apacentar, es decir, la institución de su primado, están íntimamente unidos. San Agustín comenta el texto de *Jn* 21,16 de la siguiente manera: «Apacienta mis ovejas», es decir, sufre por mis ovejas¹; una madre no puede dar la vida a un niño sin sufrimiento. Cada parto exige sufrimiento, es sufrimiento, y el llegar a ser cristiano es un parto. Digámoslo una vez más con las palabras del Señor: el Reino de Dios exige violencia (*Mt* 11, 12; *Lc* 16, 16), pero la violencia de Dios es el sufrimiento, es la cruz. No podemos dar vida a otros sin dar nuestra vida. El proceso de expropiación antes indicado es la forma concreta —expresada de tantas formas diversas— de dar la propia vida. Y pensemos en la palabra del Salvador: «...*Quien pierda su vida por causa mía y del Evangelio, la salvará...*» (*Mc* 8.36).

II. Los contenidos esenciales de la nueva evangelización

1. Conversión

En cuanto a los contenidos de la nueva evangelización hay que tener en cuenta, ante todo, que no se pueden separar el Antiguo y el Nuevo Testamento. El contenido fundamental del Antiguo Testamento se resume en el mensaje de Juan Bautista: «metanoiete», «convertíos». No hay acceso a Jesús sin el Bautista; no hay posibi-

¹ Cf. *Sermo Guelf.* 32 PLS 2, 640.

lidad de llegar a Jesús sin respuesta al llamado del precursor, más aún, Jesús ha asumido el mensaje de Juan en la síntesis de la propia predicación: «Metanoiēte kai pistēuete en to euanghelío» (*Mc* 1, 15) («Convertíos y creed en el Evangelio»). La palabra griega que expresa «convertirse» significa «reflexionar», cuestionar el propio modo y el modo general de vivir; dejar entrar a Dios en los criterios de la propia vida; no juzgar simplemente según las opiniones comunes.

Convertirse significa, pues, no vivir como viven todos, no hacer como hacen todos, no sentirse justificados en acciones dudosas, ambiguas, malvadas, por el hecho de que otros hacen lo mismo; comenzar a ver la propia vida con los ojos de Dios; buscar, pues, el bien, aunque sea incómodo; no apoyarse en el juicio de la mayoría de los hombres, sino en el juicio de Dios. En otras palabras, buscar un nuevo estilo de vida, una vida nueva. Todo esto no implica un moralismo; la reducción del cristianismo a moralidad pierde de vista la esencia del mensaje de Cristo: el don de una nueva amistad, el don de la comunión con Jesús y, por lo mismo, con Dios. Quien se convierte a Cristo no trata de crearse una autarquía moral propia, no pretende construir su propia bondad con las propias fuerzas. «Conversión» (*metánoia*) significa justamente lo contrario, salir de la autosuficiencia, descubrir y aceptar la propia indigencia —indigencia de los demás y del Otro, de su perdón, de su amistad—. La vida no convertida es autojustificación («yo no soy peor que los demás»); la conversión es humildad para confiar en el amor del Otro, amor que llega a ser medida y criterio de mi propia vida.

Aquí hemos de tener presente también el aspecto social de la conversión. Ciertamente, la conversión ante todo es un acto personalísimo, es personalización. Me separo de la fórmula «vivir como todos» (no me siento justificado por el hecho de que todos hacen lo que hago yo) y encuentro ante Dios mi propio yo, mi responsabilidad personal. Pero la verdadera personalización también es siempre una nueva y más profunda socialización. El yo se abre de nuevo al tú, en toda su profundidad y así nace un nuevo Nosotros. Si el estilo de vida difundido en el mundo implica el peligro de la despersonalización, del vivir no mi propia vida, sino la de todos los otros, en la conversión ha de realizarse un nuevo Nosotros del camino común con Dios. Anunciando la conversión debemos ofrecer también una comunidad de vida, un espacio común del nuevo estilo de vida. No se puede evangelizar sólo con palabras; el Evangelio crea vida, crea

comunidad de camino; una conversión puramente individual no tiene consistencia.

2. El Reino de Dios

En la llamada a la conversión está implícito, como condición fundamental, el anuncio del Dios vivo. El teocentrismo es fundamental en el mensaje de Jesús y ha de ser también el corazón de la nueva evangelización. La palabra clave del anuncio de Jesús es el Reino de Dios. Pero el Reino de Dios no es una cosa, una estructura social o política, una utopía. El Reino de Dios es Dios. Reino de Dios quiere decir: Dios existe, Dios vive. Dios está presente y obra en el mundo, en nuestra —en mi— vida. Dios no es una lejana «causa última», Dios no es el «gran arquitecto» del deísmo, que ha construido la máquina del mundo y que estaría ahora fuera; al contrario, Dios es la realidad más presente y decisiva en cada acto de mi vida, en todo momento de la historia. En su conferencia de despedida de su cátedra en la universidad de Münster, el teólogo J. B. Metz dijo cosas inesperadas en sus labios. Metz nos había enseñado el antropocentrismo —el verdadero acontecimiento del cristianismo habría sido el giro antropocéntrico, la secularización, el descubrimiento de la secularidad del mundo—; luego nos ha enseñado la teología política, el carácter político de la fe; después la «memoria peligrosa»; finalmente, la teología narrativa. Después de este largo y difícil camino, hoy dice: el verdadero problema de nuestro tiempo es la «crisis de Dios», la ausencia de Dios, camuflada de religiosidad vacía. La teología debe volver a ser realmente teología, hablar de Dios y con Dios. Metz tiene razón: el «*unum necessarium*» para el hombre es Dios. Todo cambia si Dios existe o si Dios no existe. Sin embargo, también nosotros los cristianos vivimos frecuentemente como si Dios no existiera («*Etsi Deus non daretur*»). Vivimos según el eslogan: Dios no existe, y si existe, no importa. Por lo mismo, la evangelización, ante todo, ha de hablar de Dios, anunciar al único Dios verdadero, el Creador, el Santificador, el Juez (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*).

También aquí hemos de tener presente el aspecto práctico. Dios no se puede hacer conocer sólo con las palabras. No se conoce a una persona, si sólo se sabe de ella de segunda mano. Anunciar a Dios es introducir en la relación con Dios: enseñar a orar. La oración es fe en acto. Y sólo en la experiencia de la vida con Dios apa-

rece también la evidencia de su existencia. Por lo mismo son tan importantes las escuelas de oración, de comunidades de oración. La complementariedad entre oración personal («en la propia habitación», solo delante de los ojos de Dios), oración común «paralitúrgica» («religiosidad popular») y oración litúrgica. Sí, la liturgia es ante todo oración, su especificidad consiste en el hecho que el sujeto principal no somos nosotros (como en la oración privada y en la religiosidad popular), sino Dios mismo —la liturgia es *actio divina*—, Dios obra y nosotros respondemos a la acción divina.

Hablar de Dios y hablar con Dios han de ir siempre juntos. El anuncio de Dios es guía para la comunión fraterna, fundada y vivificada por Cristo. Por ello la liturgia (los sacramentos) non es un tema junto a la predicación del Dios vivo, sino la concreción de nuestra relación con Dios. En este contexto permítaseme una observación general sobre la cuestión litúrgica. Nuestro modo de celebrar la liturgia es frecuentemente demasiado racionalista.

La liturgia se convierte en enseñanza, cuyo criterio es hacerse entender. La consecuencia no raras veces es la banalización del misterio, la prevalencia de nuestras palabras, la repetición de fraseologías que parecen más accesibles y más agradables a la gente. Sin embargo, esto es un error no sólo teológico, sino también psicológico y pastoral. La ola de esoterismo, la difusión de técnicas asiáticas de distensión y de autovaciamiento muestran que algo falta en nuestras liturgias. Precisamente en nuestro mundo de hoy tenemos necesidad del silencio, del misterio supraindividual, de la belleza. La liturgia no es invención del sacerdote celebrante o de un grupo de expertos; la liturgia (el «rito») ha venido creciendo en un proceso orgánico a lo largo de los siglos, lleva en sí todo el fruto de la experiencia de fe de todas las generaciones. Aunque los participantes no entiendan quizá todas y cada una de las palabras, perciben el significado profundo, la presencia del misterio que trasciende todas las palabras. El centro de la acción litúrgica no es el celebrante; el celebrante *no está ante el pueblo en nombre propio*, no habla de sí y por sí, sino «*in persona Christi*». Aquí no cuentan las capacidades personales del celebrante, sino sólo su fe, en la cual se hace transparente Cristo. «*Él debe crecer, y yo, en cambio, disminuir*» (Jn 3, 30).

3. Jesucristo

Con esta reflexión el tema de Dios ya se ha extendido y concretizado en el tema Jesucristo: sólo en Cristo y por medio de Cristo el tema de Dios llega a ser realmente concreto. Cristo es el Emanuel, el Dios-con-nosotros, la concreción del «yo soy», la respuesta al deísmo. Hoy es grande la tentación de reducir a Jesucristo, el Hijo de Dios, a un mero Jesús histórico, a un puro hombre. No se niega necesariamente la divinidad de Jesús, pero con ciertos métodos se «destila» de la Biblia un Jesús a nuestra medida, un Jesús posible y comprensible en los parámetros de nuestra historiografía. Sin embargo, este «Jesús histórico» es un artefacto, la imagen de sus autores y no la imagen del Dios vivo (2 Cor 4, 4s; Col 1, 15). No es un mito el Cristo de la fe, sino el así llamado «Jesús histórico»: éste es una figura mitológica, autoinventada por los diversos intérpretes. Los dos mil años de historia del «Jesús histórico» reflejan fielmente la historia de las filosofías y de las ideologías de este período.

No podemos en los límites de este artículo entrar en los contenidos del anuncio del Salvador. Querría, sin embargo, aludir brevemente a dos aspectos importantes. El primero es la *sequela* de Cristo. Cristo se ofrece como camino de mi vida. *Sequela* de Cristo no significa imitar al hombre Jesús. Tal tentativa fracasa necesariamente, pues sería un anacronismo. La *sequela* de Cristo tiene una meta mucho más alta: parecerse a Cristo, es decir, llegar a la unión con Dios. Tal palabra suena quizá extraña en los oídos del hombre moderno, pero en realidad todos tenemos sed de infinito, de una libertad infinita, de una felicidad sin límites. Toda la historia de las revoluciones de los últimos dos siglos tiene esta única explicación. La droga sólo así se explica. El hombre no se contenta con soluciones por debajo del nivel de la divinización. Mas todos los caminos ofrecidos por la «serpiente» (Gn 3, 5), es decir, por la sabiduría mundana, fracasan. *Sequela* de Cristo no es un argumento de moralidad, sino un tema «místico», un conjunto de acción divina y de respuesta nuestra.

Así encontramos dentro del tema de la *sequela* el otro centro de la cristología al que quería aludir, el misterio pascual, la cruz y la resurrección. En las reconstrucciones del «Jesús histórico» habitualmente el tema de la cruz carece de significado. En una interpretación «burguesa» viene a ser un fin trágico de por sí inevitable, sin valor teológico; en una interpretación revolucionaria viene a ser la

muerte heroica de un rebelde. La verdad es diversa. La cruz pertenece al misterio divino, es expresión de su amor hasta el fin (*Jn* 13, 1). La *sequela* de Cristo es participación en su cruz, unirse a su amor, a la transformación de nuestra vida, que viene a ser nacimiento del hombre nuevo, creado según Dios (*Ef* 4, 24). Quien omite la cruz, omite la esencia del cristianismo (*I Cor* 2, 2).

4. La vida eterna

Un último elemento central de toda verdadera evangelización es la vida eterna. Hoy hemos de anunciar nuestra fe en la vida eterna con nueva fuerza. Querría aludir aquí sólo a un aspecto, hoy frecuentemente descuidado en la predicación de Jesús: el anuncio del Reino de Dios es anuncio del Dios presente, del Dios que nos conoce y nos escucha; del Dios que entra en la historia para hacer justicia. Esta predicación es, por lo mismo, también anuncio del juicio, anuncio de nuestra responsabilidad. El hombre no puede hacer o no hacer lo que quiere. Él igualmente será juzgado. Debe dar cuenta. Esta certidumbre tiene valor para los poderosos y para los simples. Donde es acogida, se ponen límites a todo poder de este mundo. Dios hace justicia y sólo Él puede, en última instancia, hacerlo. Nosotros lo lograremos en cuanto seamos capaces de vivir bajo los ojos de Dios y de comunicar al mundo la verdad del juicio.

Así el artículo de fe sobre el juicio, su fuerza de formación de las conciencias, es un contenido central del Evangelio y es, en verdad, buena nueva. Lo es para todos los que sufren bajo la injusticia del mundo y buscan la justicia. Se comprende así también la conexión entre el Reino de Dios y los «pobres». Los que sufren y todos aquellos de los que hablan las bienaventuranzas del sermón de la montaña. Estos se ven protegidos por la certeza del juicio, por la certeza que hay justicia. Éste es el verdadero contenido del artículo sobre el juicio, sobre Dios juez: hay justicia. Solamente quien no quiere que haya justicia puede oponerse a esta verdad.

Si tomamos en serio el juicio y la seriedad de la responsabilidad que de ella deriva para nosotros, comprendemos bien el otro aspecto de este anuncio, es decir, la redención, el hecho de que Jesús en la cruz asuma nuestros pecados; que Dios mismo en la pasión del Hijo se haga abogado de nosotros los pecadores, y sea así posible la penitencia, la esperanza al pecador arrepentido, esperanza

expresada de modo maravilloso en la palabra de san Juan: ante Dios «tranquilizaremos nuestro corazón de cualquier cosa que él nos reproche, pues Dios es mayor que nuestro corazón y conoce todo» (I Jn 3, 19s). La bondad de Dios es infinita, pero no debemos reducir esta bondad a una bonachonería sin verdad. Sólo creyendo en el justo juicio de Dios, sólo teniendo hambre y sed de justicia (Mt 5, 6) abriremos nuestro corazón y nuestra vida a la misericordia divina. Obviamente, no es verdad que la fe en la vida eterna haga insignificante la vida terrena. Al contrario, sólo si la medida de nuestra vida es la eternidad, también esta vida en nuestra tierra es grande y es inmenso su valor. Dios no es el rival de nuestra vida, sino el garante de nuestra grandeza. Así volvemos a nuestro punto de partida: Dios. Si consideramos bien el mensaje cristiano, no hablamos de muchas cosas. El mensaje cristiano, en realidad, es muy sencillo: hablamos de Dios y del hombre, y así lo hemos dicho todo.

JOSEPH CARDENAL RATZINGER

Cardenal Joseph Ratzinger nació en Baviera (Alemania) en 1927. Doctorado en teología en la Universidad de Munich, fue durante muchos años profesor en las universidades de Frisinga, Bonn, Münster, Tubinga y Ratisbona. Pablo VI lo nombró arzobispo de Munich en 1977. Desde 1981 es Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ha escrito numerosos artículos y libros, muchos de ellos traducidos a diversas lenguas. Entre sus obras más recientes están: *Iglesia, Ecumenismo y Política*; *Svolta per l'Europa*; *Evangelium, Katechese, Katechismus*; *Ser cristiano en la era neopagana*.

